deteniéndose en las ruinas de una hacienda, en donde cenaron las pocas provisiones que llevaban. Á los postres se presentaron cuatrocientos insurgentes de infantería que querian entrar tambien en combate; pero tan mal armados y tan poco vestidos, que Mina, agradeciéndoles muchísimo su buen deseo, les dijo que mas les servirian quedándose allí á cuidarle las espaldas. Ni llevaban parque, ni sabian los pobres cómo se manejaban sus fusiles de chispa, á los cuales hasta las piedras les faltaban.

Al dia siguiente se emprendió de nuevo la marcha, y á las nueve fué descubierto el enemigo que venia avanzando muy tranquilo por el camino directo que estaba trazado en medio de la extensa llanura.

—¡Alto! dijo Mina á sus tropas.

Ahora en el capítulo siguiente diremos cuál fué el resultado de este desigualísimo encuentro.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CAPITULO XXXII

AUDACIA

Lo que menos podia figurarse el comandante general de la provincia de Guanajuato coronel Ordoñez, era que tuviese un encuentro con el enemigo, sabiendo con toda seguridad que los insurgentes no tenian ninguna fuerza regular ni numerosa que oponerle, así es que marchaba con el descuido que inspira la mayor confianza, yendo á la cabeza de la columna en su carruaje acompañado del coronel Castañon que le entretenia con sabrosas pláticas. Solamente por mera costumbre y quizá por lujo, marchaba á gran distancia una descubierta de veinticinco hombres de caballería. El oficial que la mandaba fué el que se volvió á decirle:

—Señor, por nuestro frente he descubierto un pe-

queño grupo de gente que me parece es del enemigo.

—¿Del enemigo? preguntó Ordoñez sacando la cabeza, ¿y de qué enemigo?

—Eso es lo que no podré decir á su señoria.

—Pero entonces, ¿en qué te fundas para creerlo?

—En que luego que nos descubrieron hicieron alto.

—Si fueran enemigos ya irian huyendo.

—Por sí ó por no pediremos nuestros caballos, dijo Castañon.

—No hay necesidad, le contestó Ordoñez deteniéndole.

Y luego dirigiéndose al oficial:

—Haz alto tambien con tu fuerza mientras mando á la caballeria que haga un reconocimiento.

Como el carruage se habia detenido y la division habia seguido avanzando, Ordoñez vió pronto á su tropa reunida y entonces dispuso que formara esta en batalla, mientras se destacaba su caballeria para hacer un reconocimiento. No fué necesario este porque ya Mina habia colocado sus fuerzas tras un repecho, mientras él acompañado solo del capitan Adrian Pinto se adelantaba á practicarlo por su cuenta. Entonces Ordoñez, que habia mandado parar de través el carruage para ver mejor, dijo á los suyos:

—Allí vienen hácia acá dos hombres, no hay que hacerles fuego porque todavia no sabemos si son amigos ó enemigos.

Entonces aquellos tuvieron oportunidad de acercarse tanto que casi estaban al alcance de la voz.

—¿Quién vive? les gritó Ordoñez.

—La independencia, contestó Pinto.

—¡Fuego! exclamó Ordoñez lleno de ira.

En toda la línea realista se les hizo una descarga; pero cuando se disipó el humo vieron que aquellos audaces oficiales ya iban léjos sanos y salvos.

Ordoñez mandó que sin perder la formacion que traian las tropas avanzaran en línea, permaneciendo en el centro la artilleria, y apoyando los flancos, dos trozos de caballeria.

Entre tanto Mina habia tambien tomado sus disposiciones rápidamente en vista del reconocimiento que habia hecho del enemigo.

La Guardia de honor, el regimiento de la Union y los mejores soldados de la infanteria de Moreno, formando toda la columna reunida noventa hombres, fué puesta al mando del coronel Young; la segunda columna fué formada del primer regimiento de línea y el resto de la infanteria, por todo cien hombres al mando de Márquez; la tercera columna de noventa hombres de caballeria al mando del mayor Maylefer debia apoyar á esas dos columnas en la carga que debia dar á la bayoneta y Mina con el resto formó una pequeña reserva para acudir á donde fuera necesario.

Las instrucciones del general fueron estas sencillamente:

—En el momento en que yo haga la primera señal saldrán las dos columnas de infanteria y con la

mayor rapidez avanzarán sobre el enemigo, harán una descarga y cargarán á la bayoneta. A la segunda señal saldrá al galope la caballeria en proteccion de la infanteria y yo me encargo con la reserva de consumar la derrota del enemigo.

Todo se hizo al pié de la letra como lo ordenó Mina, quien desde el punto mas dominante dió la direccion y el órden en que habian de avanzar las columnas. El primero que recibió los fuegos nutridos de la gente de Ordoñez fué el coronel Young, que sin desconcertarse continuó su marcha algo mas avanzada que la segunda columna que iba casi paralela por el flanco derecho, de manera que casi al mismo tiempo dispararon sus armas y calaron bayoneta, á la vez que el mayor Maylefer daba por su parte tan brusca carga de caballeria, que el enemigo, que no habia tenido lugar de volver á cargar sus armas y que no estaba preparado para sostener tan repentina embestida, empezó á desbandarse. En tan críticos momentos para los realistas se presentaron otros tres grupos montados, que aunque pequeños, peleaban con furia aclamando á Mina y á la independencia, mandando uno este personalmente seguido muy de cerca por Moreno como su primer ayudante de campo, el otro por Ortiz, de treinta lanceros bien montados, y el último, que era el que hacia mas destrozos por el ímpetu con que se arrojó hasta el centro mismo del enemigo donde estaba Ordoñez, era mandado por el capitan Adrian Pinto, con todo lo que se declaró la derrota del comandante de Guanajuato en

menos de cinco minutos. Tanto este gefe como su segundo Castañon quedaron tendidos en el campo, haciéndose tal carniceria en el alcance por los lanceros de Ortiz en un campo tan abierto, que quedaron allí trescientos treinta y nueve cadáveres, entre ellos casi todos los oficiales. De todos los que entraron en combate solo escaparon ciento veinte hombres de los mejor montados, quedando los demas prisioneros. Mina solo contó de los suyos ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros tuvo que lamentar la enorme pérdida del mayor Maylefer. Cuando el general lo vió tendido en el campo, corrió á abrazarlo vertiendo lágrimas y se le oyó exclamar:

—Nosotros hemos sido los derrotados: aquí está muerto un valiente que valia por un ejército.

El botin hecho al enemigo consistió, á más de los prisioneros, en dos cañones bien dotados de parque, quinientos fusiles, muchos uniformes y municiones y bastante dinero, ¿Qué tal seria la riqueza de los realistas de Guanajuato cuando los artilleros, en el momento de la refriega, no pudiendo abrir las cajas del parque, cargaron las piezas con talegas de pesos fuertes?

Con todos aquellos despojos entró Mina al fuerte, en donde se le recibió con una salva de artilleria, la cual sirvió para anunciar en la vecina villa de Leon el triunfo que se habia obtenido, triunfo que se solemnizó en Jaujilla y en todos los puntos cercanos donde habia insurgentes, con Te Deum, salvas, músicas, discursos é iluminaciones, cobrando un poco

de ánimo los desfallecidos defensores de la independencia.

Luego que Mina hubo terminado los suntuosos funerales que le hizo al mayor Maylefer y que atendió á sus heridos, se ocupó de los prisioneros que con sorpresa de ellos mismos habian quedado casi libres en el fuerte, pues que el general habia dado órden de que no se les encadenara ni oprimiera, sino que simplemente se les vigilara para no dejarlos salir. Los llamó á todos, en seguida los formó en la plazoleta y les dijo:

—Desde este momento son ustedes libres para retirarse á sus casas, para volver á sus filas ó para quedarse militando á mis órdenes, solo que en este último caso tienen que pronunciar juramento de fidelidad. Los que prefieran quedarse conmigo bajo estas condiciones den un paso al frente.

Mina esperaba que fuesen muy pocos y por eso queria que se marcaran los que habian de quedarse saliendo de entre las filas de los que quisieran irse; pero cuál no fué su alegria cuando vió que casi todos se adelantaron, quedando solo á retaguardia quince hom- que manifestaron que tenian familias y que querian ver si les era posible ir á reunirse con ellas. Mina entonces les dió pasaporte, dinero y un abrazo de despedida, alejándose estos muy enternecidos ante aquella muestra de generosidad.

Despues de esto aquel magnánimo capitan quiso hacer el duelo á su difunto amigo el mayor Maylefer

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

y estuvo encerrado tres dias sin ocuparse de ningun negocio, consagrado solo á lamentar aquella pérdida que consideraba como irreparable, porque no contaba con otro gefe de caballeria tan sereno en el peligro, tan sufrido en las privaciones y tan obediente en la disciplina.

Luego que pasaron los tres dias, llamó al capitan Adrian Pinto y le dijo con acento triste:

—Ya lloré al amigo muerto y ahora necesito comenzar á obrar en favor del porvenir de la causa que defendemos.

Pinto le hizo una profunda cortesia, manifestándole así que estaba completamente á sus órdenes.

—Voy á hacer una expedicion un tanto arriesgada pero precisa, que tendrá por fin hacerme de suficientes recursos para poder sostener con éxito esta revolucion, que lo primero que necesita es dinero para que puedan descansar los pueblos. Y á usted es al único que debo confiarle lealmente mi proyecto, pidiéndole perdone desde luego que abuse de una de sus confidencias.

—No comprendo, dijo Pinto con embarazo precisamente porque algo empezaba á comprender.

—Usted me ha dicho que el marqués del Jaral tiene en su hacienda grandes cantidades de dinero.....

—¿Quizás cometeria una indiscrecion, general?

—No, amigo mio, tal vez el cielo se valió de usted para hacerme llegar este aviso.

—Pero tambien digo á vuestra excelencia que el

marqués ha formado allí una fortaleza y que tiene una guarnicion de seiscientos hombres.

—He estado madurando mis proyectos y creo que no fracasarán. En todo caso, para tranquilizar á usted, sin cuyo consentimiento no daré un paso, se lo juro, debo advertirle que yo no quiero entrar á fuego y sangre al Jaral sino entablar leales negociaciones con el marqués y siempre tratarlo con los respetos debidos á su rango y á la consideracion que usted, por las ligas de la sangre tendria que guardarle en caso de que cualquier incidente extraordinario lo hiciera caer en nuestro poder.

Adrian perdió el color al oir estas palabras y poco despues contestó:

—Señor general Mina: yo agradezco profundamente esta muestra de confianza y de consideracion que me está dando, haciéndome confidente de un proyecto de tal importancia como el que ha estado madurando, y no solo confiándomelo, sino diciéndome que no lo proseguirá si no lo apruebo. Yo, señor, no soy aquí mas que un subalterno á quien no corresponde hacer otra cosa que obedecer, sin murmurar, las órdenes de su superior. Si vuestra excelencia me manda que vaya yo mismo á ponerle sitio al Jaral hasta rendirle sin condiciones, yo iré y procuraré cumplir con esa consigna hasta donde mis fuerzas me ayuden.

—Aquí no hablo al subalterno sino al amigo, se apresuró á decir Mina interrumpiéndole.

—Ahora va tambien á hablar el amigo despues de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

haberlo hecho el subalterno. Yo no sé de una manera firme y segura que alguno de los marqueses y condes de Moncada y ahora uno de ellos propietario del marquesado del Jaral, sea mi padre, ni por ninguno de ellos fuí jamás reconocido. Tengo sospechas vivísimas de que así puede ser, porque en mi niñez pasé algunos meses en diferentes épocas en aquella hacienda y tanto el mayordomo de ella como los dependientes de la familia en México, me tratan siempre con las debidas consideraciones, consideraciones que se han extendido á que se me recibiera tambien con distincion en la corte, ocupando en ella el mismo rango que las demas gentes de noble nacimiento; pero con todo y eso pecaria de pretencioso si yo dijera á vuestra excelencia: No vaya á atacar el Jaral porque allí se encuentra mi padre. Esto no tengo conciencia para decirlo. Sin embargo, si fuera otro que vuestra excelencia el que me manifestara tales propósitos, juro que abusaria de tal confidencia y que correria á prestar al marqués del Jaral el servicio que pudiera, ya advirtiéndole el peligro, ya poniendo á sus órdenes mi brazo y mi corazon. Pero en el caso presente confio tranquilamente en la generosidad, en la nobleza, en todos los buenos sentimientos de vuestra excelencia, para estar seguro que nada tendrán que sufrir de su parte aquellas personas por quienes yo pudiera interesarme.

Mina le tendió la mano y le dijo con expresion cariñosa:

—Bien, jóven, hoy más que nunca estoy contento

de que haya venido usted á mi lado, porque soy amante hasta el fanatismo de los hombres discretos que tienen un corazon leal y comprenden los sacrificios que pueden y deben hacerse en el altar de la conciencia donde tributan culto á sus deberes. Ahora por mi parte iré yo tranquilo con el mio, que es ciertamente muy penoso, por mas que me haya descargado del enorme peso de los escrúpulos que me atormentaban.

—¿Y yo?

—Usted se quedará esperándome en este fuerte.

—¿No seria más provechoso para vuestra excelencia y para el marqués el que yo me encontrara en el terreno donde tal vez se va á librar un combate peligroso para alguno de los dos?

—Precisamente es lo que quiero evitar: que se encuentre usted en tamaño conflicto.

—Yo acataré las órdenes de vuestra excelencia, pero prefiriria ir á su lado.

—¿A qué? A pelear contra el que tal vez le ha dado el sér? A permanecer como testigo impasible de los sucesos? ¿A servir como de mediador para que los asuntos estén entonces más distantes de tener algun arreglo?

El jóven se acordó del carácter indomable del marqués, al cual habia de indignarle hasta el frenesí saber que iba entre los enemigos uno que podia ser hijo suyo, é inclinando la cabeza, dijo con voz resignada:

—Tiene vuestra excelencia mucha razon.

Entonces Mina le comunicó algunas instrucciones sobre lo que tendria que hacer durante su ausencia, renovándole la promesa de que al llegar á la hacienda del Jaral no extremaria las cosas de manera que pudieran tener un resultado lamentable para ninguna de las dos partes, confiando demasiado en su astucia y buena estrella.

Desde esa misma noche dió Mina todas las órdenes correspondientes, escogiendo los gefes y la tropa que habian de acompañarlo en aquella delicada expedicion, sin comunicar á nadie cuál era su pensamiento. A Moreno le dijo que iba á estar ausente cinco ó seis dias, en los que iba á tratar los medios de dar un golpe que le parecia muy importante y que pondria de regreso en su conocimiento, el cual aunque nada tuviera de arriesgado no se atrevia á manifestárselo, temeroso de que quisiera disuadirlo, precisamente cuando ya lo habia adoptado con toda su resolucion. Le dió algunas explicaciones que pudieran hacerle sospechar algo; pero no le quiso confiar del todo su proyecto para no irse con la menor intranquilidad respecto de que pudiera ser divulgado.

Moreno le dijo entonces:

—Me conformo, general, con no saber nada con tal que me lleve consigo su excelencia.

Mina no titubeó siquiera y le contestó en el acto:

—Eso me gusta más que todo: véngase usted conmigo y tráigase doscientos hombres escogidos de caballeria, yo llevaré mi infanteria y ocho artilleros con un cañon ligero. Es todo lo que necesito.

Moreno fué y le dijo á Ortiz:

—Coronel, vamos á salir á las dos de la mañana del fuerte.

—¿Todos?

—No: nosotros llevaremos solamente cien lanceros y cien mosqueteros de á caballo.

—¿Va el general Mina?

—El lleva sus doscientos infantes mas aguerridos.

—¿Y á donde vamos?

—Eso es lo que no sé.

—¿Cómo?

—No me lo ha querido decir este endemoniado *gachupin*, que, segun parece, tiene un proyecto muy atrevido.

—Ya me lo supongo: atacar á Leon.

—No es eso, porque entonces no seria necesario dejar en el fuerte una guarnicion. Me sospecho que vamos por otro camino,

—En fin, cuando manda capitan..... dijo Ortiz alzando los hombros.

—No gobierna marinero, concluyó diciendo Moreno. A la una la gente lista.

Y en efecto, á las dos de la mañana salió la division del fuerte silenciosamente, y como ya Mina no tenia nada que temer de las indiscreciones, llamó á Moreno, á Ortiz y á los demas gefes principales y les confió su proyecto.

—¿Pero en qué está pensando, general? le preguntó Moreno asombrado. El Jaral tiene una guarnicion del mismo número de soldados que llevamos nosotros, con cuatro ó seis cañones y con fuertísimos parapetos.

—Lo sé, dijo Mina, pero nada me arredra cuando cuento con la estrategia y con la buena fortuna que nos está soplando. Es ahora cuando debemos acometer las grandes empresas.

Los otros gefes no dijeron allí nada, pero entre sí no dejaban de dudar respecto de que pudiera tener realizacion un plan semejante.

—El Jaral es una fortaleza, decian.

—Y es una fortaleza artillada.

—Nunca ha habido quien se atreva á atacarla.

—Sabiendo sobre todo que el marqués tiene un carácter resuelto y que primero hará volar la finca antes que rendirse.

Sin embargo, Mina demostraba la mayor confianza en el buen éxito de sus operaciones y nadie se atrevió ya á contrariarlo.

Cuando iban muy cerca, los soldados de la descubierta aprehendieron á un campesino que venia de la misma hacienda. Lo interrogó Mina y le contestó que todos estaban allí muy tranquilos, que no se tenia la menor noticia de la aproximacion de los insurgentes.

—Está bien, le dijo, toma estos cinco pesos; pero ahora tienes que volver á la hacienda con este papel.

Y puso en sus manos una carta para el marqués del Jaral que ya tenia preparada. Deteniendo al campesino que ya se iba, le preguntó:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

—¿Cuánta gente crees que es esta?

Como era de noche y la caballeria hacia mucho bulto, contestó:

—Serán mil.

—No, somos novecientos con doce cañones: esto mismo le cuentas al marqués: cuando vuelvas con la respuesta, tendrás otros cinco pesos.

En seguida ordenó Mina que se encendieran fogatas por todos lados, como si hubiera un grandísimo campamento militar extendiéndose en todo él las tropas.

Una hora despues regresó el mismo individuo que habia llevado la carta.

—¿Que hay? le preguntó Mina.

—Ya se fué el señor marqués.

—¿Y la respuesta á mi carta?

—Dijo que la dejaba con el señor capellan.

Entonces Mina ordenó que lo acompañaran veinte hombres bien montados. A Moreno le dijo:

—Que esté lista la tropa para protegerme ó para ocupar en paz las posiciones enemigas.

En la puerta de la hacienda estaba en efecto el capellan esperándole, quien haciéndole muchas cortesias le manifestó que tenia encargo del marqués para recibirlo con su gente y darle cuanto necesitara, encargándole solamente que los soldados no perjudicaran el edificio.

Mina entró con las debidas precauciones y registró la hacienda. No habia allí nadie. El marqués se habia ido con sus hombres de armas, que pasaban de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

trescientos, dejando abandonada la artilleria, los bagajes y las municiones.

Media hora más tarde tomaba posesion de la hacienda la tropa y Moreno exclamaba:

—¡Es prodigioso esto, general Mina!

—:o:—